

de problemas de difícil solución, estaba reservado realizar grandes y fructíferas innovaciones y trabajos. Entre los primeros figuraba en primer término el restablecimiento del equilibrio, en el terreno de la industria y comercio, entre el modo de ser antiguo y moderno, porque los progresos admirables de la mecánica habían conmovido la industria en sus bases fundamentales, causando, al lado de una prosperidad nunca vista, males sin cuento que adquirían cada día proporciones más terribles. Habíanse aplicado algunos remedios para disminuirlos, como las asociaciones de consumos y de trabajo de la misma clase obrera, al estilo de la de Rochdale, que fundada por un puñado de operarios con 650 pesetas de capital, había llegado a prosperar de una manera del todo inesperada y a demostrar lo que podía sacarse de la asociación de fuerzas aunque pequeñas, bien dirigidas; pero todo esto no impedía que entre tanto que este ejemplo se imitase y perfeccionase se vieran presa del hambre y de la miseria las grandes masas obreras a la menor paralización del comercio y de la industria. La miseria se hacía entonces tanto más insostenible cuanto mayor era la ilustración que sin cesar se divulgaba entre esta clase, cuyos prohombres creyeron encontrar el remedio eficaz permanente en la participación de la clase obrera en el gobierno, para lo cual era indispensable una nueva reforma parlamentaria. Russell destruyó esta esperanza en el primer parlamento de la reina Victoria declarando que con la ley de 1832 había quedado cerrado definitivamente el camino de nuevas reformas y que el partido whig no pensaba ir en este punto más lejos que el tory. Entonces formóse un nuevo partido más avanzado, el cartista, llamado así porque se proponía obtener una nueva carta ó constitución en la cual entrarán los seis puntos siguientes: sufragio universal, parlamentos anuales, votación secreta, elegibilidad sin necesidad de ser contribuyente, dietas para los representantes de la cámara baja, y distritos electorales nivelados. Además este nuevo partido, organizado y dirigido por la sociedad obrera fundada en 1837 con la cooperación de los diputados Roebuck, Hume, O'Connell y otros, escribió en su bandera la abolición de la ley de beneficencia de 1834 y la fijación del trabajo en diez horas diarias. Este *cartismo* fué la esperanza del obrero inglés, el terror de las altas clases de la vieja Inglaterra y el tema de todas las conversaciones y discursos públicos durante más de diez años. La cabeza del partido era el jurisperito irlandés Feargus O'Connor, hombre de estatura gigantesca, de una elocuencia contundente, que no despreciaba las lisonjas más groseras para cautivar a las masas, y que para aumentar su importancia se decía descendiente de una antigua dinastía irlandesa. Pronto eliminó a su competidor Lowett, que quería realizar los propósitos del nuevo partido por medios legales y pacíficos, porque O'Connor predicó el empleo de la fuerza bruta, que convenía más a la impaciencia de la pobre clase obrera, a la cual dijo otro apóstol del movimiento, el predicador metodista Stephens: «El cartismo no es cuestión política, porque para vosotros no se trata del derecho electoral; es cuestión de *mandíbulas*, quiere decir, buen alojamiento, buena comida, subsistencia asegurada y reducción de las horas de trabajo.» Una petición en este sentido con 1.280.000 firmas, fué rechazada por la cámara de los comunes; pero impertérrito el partido cartista, presentó otra mayor en 1841, y como tuviera la misma suerte desgraciada, al año siguiente acudió con otra de 3.317.000 firmas, apoyada por asambleas públicas y nocturnas al aire libre, en las cuales se predicó abiertamente la rebelión. Entonces el gobierno tomó disposiciones para evitar excesos peores; se declaró libre la asociación, sola y exclusivamente para el empleo de medidas pacíficas y legales; pero esto no impidió que los partidarios de las medidas

violentas siguieran en su propósito y obligaran a las masas a huelgas forzadas. La agitación no tomó mayores proporciones porque las clases medias se mostraron firmes é inaccesibles a todas las tentativas de asociarse al movimiento cartista, a pesar de hallarse también agitadísimas, porque la situación era terrible, la industria y el comercio estaban paralizados, y los víveres carísimos a consecuencia de una serie de malas cosechas, conjunto de calamidades que hacía resaltar más lo irracional de una organización social y política tradicional que reservaba todas las ventajas para una clase privilegiada, que formaba una minoría exigua, y todas las cargas y penas a la inmensa mayoría de la nación. El precio del trigo, que a fines del año 1835 resultaba a 11'7 pesetas hectólitro, había subido constantemente hasta llegar, a principios de 1839, a 30'7 pesetas, porque los propietarios rurales, que son en Inglaterra la nobleza, se empeñaban en defender los elevados derechos sobre los cereales extranjeros, alegando la conveniencia de proteger la agricultura del país para que este no quedara dependiente del extranjero respecto del artículo de primera necesidad más indispensable. A esta carestía se agregaron la crisis mercantil americana del año 1836 y la competencia cada vez más sensible de la industria de los países del continente, que condenó a distritos fabriles enteros en Inglaterra a una huelga forzosa, mientras en otros los fabricantes bajaron los jornales a la mitad. Ahora bien, la causa de la derrota del ministerio Melbourne fué cabalmente el haber anunciado su intento de disminuir los derechos de entrada de los cereales y reemplazar el derecho variable y gradual del trigo por otro fijo de ocho chelines la cuartera (291 litros aproximadamente).

Ante la evidencia de que la producción nacional era insuficiente para abastecer una población creciente, era muy natural que se atribuyesen muchos males a los altos derechos protectores, que sin embargo nada tenían que ver con ellos. La liga que siete hombres de Manchester formaron en 1838 contra los altos derechos de los cereales, encontró al principio poca simpatía; los cartistas mismos se mostraron desconfiados y alejados de un ministerio que había entrado en el poder bajo la bandera de la protección, de una cámara baja en la cual los representantes de los intereses agrícolas formaban las nueve décimas partes de los votos, no obstante su carácter reformador en otros conceptos, y una cámara alta compuesta exclusivamente de grandes propietarios territoriales. Con semejantes contrarios parecía vana toda esperanza de obtener la reforma arancelaria, pero la fuerza de la liga se cimentaba en la gran corriente liberal, enemiga de todos los monopolios en general, y esto le dió la victoria definitiva. En todas las ciudades favorecidas recientemente con el derecho de enviar representantes a la cámara cundió rápidamente un movimiento libre-cambista imponente contra la aristocracia monopolizadora que parecía trocada en una vasta asociación mercantil, de cuyos miembros los unos explotaban los cereales, otros el azúcar y otras las maderas. El foco del nuevo movimiento anti-proteccionista estaba en Manchester y su director habilísimo y no menos enérgico y tenaz era el fabricante de percales estampados Roberto Cobden, adepto del economista Adán Smith y apoyado por todos los industriales víctimas de los elevados derechos del arancel, no menos que por la masa obrera, atormentada por la miseria y el hambre. Las comunicaciones baratas y rápidas por medio de los ferrocarriles y del franqueo reducido, facilitaron la propaganda y las reuniones en masa. En Manchester se construyó una gran sala para la asamblea libre-cambista y en Londres se abrió con éxito sorprendente un bazar, libre-cambista también. El movimiento tomó proporciones mucho más aterradoras que el de la reforma parlamentaria en tiempo del mi-

nisterio Grey. En tan difíciles momentos mostróse el honrado é ilustre Peel a la altura de las circunstancias y justificó brillantemente la confianza de la corona y de la nación. Lo más urgente era restablecer el equilibrio en la hacienda y obtener un excedente para aliviar a la industria de la pesada carga de los impuestos, que la abrumaban. El remedio que encontró, y aplicó por lo pronto con carácter de transitorio, naturalmente con el beneplácito del parlamento de 1841, fué la introducción del *income-tax*, ó sea impuesto sobre la renta. Contando con este nuevo recurso suprimió luego en el arancel 750 artículos de los 1,200 que contenía, dejándolos completamente libres, y reemplazó la prohibición absoluta con un derecho máximo protector para los objetos manufacturados de veinte por ciento de su valor. Estos fueron los primeros pasos decisivos en la nueva política del libre-cambio y sus resultados fueron tales que ya en el año 1844 pudo anunciar Peel al parlamento un excedente de ingresos de 4.165.000 libras esterlinas, con lo cual pudo introducir al año siguiente nuevas rebajas en el arancel hasta la suma de tres millones y medio de libras.

A los cereales no se atrevió a tocar todavía, pero hecha la primera brecha en el sistema proteccionista lo demás era solo cuestión de tiempo, y la única diferencia entre la Liga y el ministro consistió en que aquella pidió la abolición inmediata de los derechos sobre los cereales y este quiso hacerla sondeando primero el terreno, tanto más cuanto que solo así era posible alcanzar la aprobación de las dos cámaras. En efecto, el parlamento, por lo pronto, si bien conservó la escala proporcional, rebajó el máximo de treinta y seis chelines ocho peniques a veinte chelines, fijó un derecho más bajo todavía para los granos y harinas del Canadá y adoptó disposiciones para impedir los fraudes á que había dado lugar el sistema antiguo. Entonces ya no ocultó Peel al parlamento su convicción de que no debía hacerse la ilusión de poder asegurar con derechos ora fuesen proporcionales y variables, ora fijos un precio determinado al productor por sus productos agrícolas, porque ya no encontraba apenas impugnadores el principio fundamental del libre-cambio de comprar toda mercancía donde fuera más barata y llevarla a vender á donde se pagase más cara.

Este arreglo calmó un tanto la lucha entre los proteccionistas y libre-cambistas, pero entonces volvió á agitar al país la cuestión de Irlanda, porque O'Connell no tuvo por conveniente mostrarse conciliador con el ministerio Peel, como se había mostrado con el de Melbourne. «El año de 1843 ha de ser y será el de la independencia de Irlanda,» gritó á sus compatriotas, y los pobres irlandeses, sumidos en la miseria y los vicios, aplaudieron más esta voz estentórea que la dulce y humanitaria del apóstol de la templanza, el padre Matthews, que quería librar á su pueblo de la plaga de la embriaguez. ¿Cómo no dar fe y prestar obediencia al hombre que había logrado la emancipación política de los católicos y que acababa de ser elegido alcalde mayor de la capital de Irlanda en virtud de la reciente ley municipal? Apenas hubo hecho su entrada fastuosa en Dublin, organizó con mayores proporciones que nunca la agitación por medio de asambleas numerosísimas, agitación pacífica y dentro de la ley pero llevada á cabo de una manera que forzosamente había de conducir á una catástrofe. La primera asamblea se celebró el 15 de agosto en Tara, junto á la piedra donde habían sido proclamados los reyes de Irlanda. Llegaron á reunirse aquel día 250.000 irlandeses, y en vista del buen resultado, convocó O'Connell otra asamblea en Clontarf, cerca de Dublin, á donde debía acudir un millón de concurrentes, para atemorizar al gobierno, pero este no dejó llegar las cosas á este punto; prohibió la reunión, y cuando ya acu-

dian de todas partes de la isla, las masas recibieron en todos los caminos el aviso de la prohibición. El gobierno puso á O'Connell en la alternativa de renunciar á semejantes demostraciones ó ser considerado y tratado como rebelde, el gran agitador se decidió por lo primero, y con esto destruyó la fe que sus compatriotas habían puesto en él. Los otros jefes más jóvenes, Smith O'Brien, Meagher y Mitchel, se separaron de él y fundaron un nuevo partido, el de la Joven Irlanda, al estilo de las asociaciones análogas del continente, en las cuales la religión para nada interviene y cuyo objeto final es la república democrática. O'Connell fué condenado, no obstante, á un año de cárcel por excitar á la rebelión, pero la cámara de los lores, á la cual había apelado, le conmutó la pena en destierro. El ya anciano defensor de su nación se dirigió á Roma para visitar al papa, y cuando se le preparaba en aquella capital una recepción solemnísimá, le alcanzó la muerte en Génova, el 15 de mayo de 1847.

Al principio de la legislatura del año 1845, cuando la agitación de O'Connell tenía excitados á los irlandeses hasta el furor, Peel decidió fomentar la instrucción superior en la católica isla y pidió al parlamento un aumento de la subvención del Estado para el seminario católico de Maynooth. A pesar de la tempestad que levantó el partido anglicano fanático, que presentó en contra hasta una petición con más de tres millones de firmas, Peel consiguió su objeto; pero en el mismo año hizo olvidar este paso conciliador la miseria más cruel que jamás había castigado á la pobre Irlanda. Faltó la cosecha de trigo, y con la enfermedad de las patatas desapareció también este recurso. En este y el siguiente año perdió la isla la cuarta parte de sus hijos por el hambre y la emigración, siendo grandísima la miseria también en Inglaterra. Esto dió la victoria definitiva á la liga de Manchester; hasta los whigs tuvieron que declararse francamente convencidos de que los derechos sobre los cereales eran un azote para el comercio, la ruina de la agricultura, un manantial de odios entre las diferentes clases sociales y origen de privaciones, enfermedades, mortalidad y crímenes en las clases bajas. Entonces fué cuando Peel propuso á sus colegas la suspensión de los derechos sobre los cereales extranjeros como medida ineludible ya, pero al mismo tiempo les hizo ver también, con su lealtad habitual, que una vez suspendidos aquellos derechos no habría medio ya de restablecerlos sin provocar un cataclismo general. Su proposición encontró oposición en algunos miembros del gobierno, y entonces dimitió, el 9 de diciembre de 1845; pero como Russell, á quien tocó la misión de formar un nuevo ministerio, que había de ser liberal, no logró reunirlo en vista de la mayoría conservadora del parlamento, el ministerio saliente hubo de encargarse otra vez de la dirección de los negocios, con excepción de Stanley, en cuyo puesto entró Gladstone. Peel no desconocía que la abolición de los derechos sobre los cereales había de ser forzosamente la ruina de su partido, el cual le acusaría de traición; pero estaba convencido también de que la patria necesitaba este sacrificio y de que la inmensa mayoría de la nación confiaba en su civismo y talento. Fué una de las sesiones más memorables del parlamento inglés aquella en que la cámara de representantes, llena hasta el último asiento, pareciendo un solo cuerpo compacto, animado de una sola idea y de un solo deseo, oyó el discurso de Peel en el cual declaró que la evidencia de los hechos le había convencido de que era preciso abandonar el derecho protector, que hasta entonces había defendido constantemente, y expuso á renglón seguido á grandes rasgos su proyecto de efectuar la transición en un período de tres años con sucesivos y graduales derechos hasta su supresión completa, añadiendo estas palabras: «Mientras yo sea ministro

de Inglaterra, quiero serlo sin ser esclavo servil de nada, y con la obligación única de guiarme por el interés general y de velar por el orden público y la seguridad general.» Sucedió lo que había previsto: el furor de los conservadores pasó de todos los límites racionales, y entonces ganó sus espuelas parlamentarias Disraeli, el autor de tantas novelas políticas, atacando con sus befas y recriminaciones al jefe del ministerio, cuya protección y favor había solicitado hasta entonces. Sus discursos y el furor de la nobleza territorial, que en tonces le hizo orador suyo, no consiguieron salvar la causa proteccionista, porque después de doce días de debates caurosísimos fué votada la ley propuesta por Peel en la cámara baja y el 25 de junio de 1846 en la alta, y acto continuo se disolvió la formidable liga que se había constituido para conseguir la exención de derechos para los cereales extranjeros.

No faltaron en esta memorable derrota de la casta privilegiada siniestros augurios, pero sucedió todo lo contrario; en lugar de sucumbir la industria inglesa en su lucha con la extranjera, ensanchóse su mercado sobre toda la superficie del globo; en lugar de la ruina de la agricultura inglesa, levantóse esta á una altura desconocida con el auxilio de la ciencia y una economía racional; el valor de los inmuebles rurales subió; la nobleza territorial no quedó arruinada, sino que despojada de los vetustos adornos de los tiempos bárbaros tomó un puesto honroso en la organización política moderna; y el torrente democrático, que empezaba á salir de madre en varios puntos del continente, quedó encauzado sin esfuerzo notable en las islas Británicas. Tan innegables y palpables fueron las ventajas del libre-cambio para la Inglaterra que los adversarios más tercos de este sistema se convirtieron en sus adeptos; de modo que M'Carthy pudo decir con razón que hacer hoy en Inglaterra la oposición al libre-cambio sería lo mismo que querer invalidar los resultados de la regla de tres.

Peel, que con su rectitud varonil había acometido la obra magna de hacer viable la transformación, fué blanco del odio de los vencidos, que aliados con el partido whig ó liberal le derrotaron cuando pidió al parlamento poderes extraordinarios para proceder contra la creciente criminalidad en Irlanda; y en su consecuencia anunció su dimisión en la sesión del 29 de junio y concluyó su discurso con un elogio franco de Cobden, al cual atribuyó todo el mérito de la reforma. Al salir del palacio del parlamento le aguardaba en la calle una multitud apiñada, que le saludó con la cabeza descubierta y en respetuoso silencio. Jamás quiso admitir este grande hombre de Estado recompensa ni distinción alguna, ni para sí ni para su familia; pero cuando el estado de Irlanda, donde en el plazo de cuatro meses se decuplicó el número de individuos que vivían de la beneficencia pública, y paralelamente el de los crímenes, obligó al nuevo ministerio Russell Palmerston á solicitar las mismas autorizaciones que habían sido negadas á Peel, y un orador aprovechó esta ocasión para pedir una reparación á Peel, tomó la palabra este y dijo que la mejor reparación que la cámara podía darle sería apoyar al gabinete votando la autorización que pedía.

El inmenso desarrollo mercantil é industrial de Inglaterra no solamente impulsó todas las grandes reformas mencionadas en el interior sino que determinó también la política extranjera de este poderoso imperio (1). La conservación de su poderío entre las demás naciones y su política colonial eran elementos fundamentales para tener abiertos todos los mercados á los productos de su industria, y para no perju-

(1) La política extranjera, exclusivamente mercantil y utilitaria, de Inglaterra está determinada y no ha variado desde el tiempo de Walpole. (N. del T.)

dicarla debía estar siempre preparada para la guerra y hacer todo lo posible por conservar la paz, arrojando su poderoso tridente en la balanza cuando la paz peligrara. Esta era la política general, que no excluía ciertas intermitencias de abuso de fuerza contra algún Estado más débil cuando el interés material de Inglaterra lo exigía, como sucedió en la cuestión de China. El comercio inglés con este imperio se había aumentado extraordinariamente desde la supresión del monopolio de la Compañía de las Indias en 1834. Un artículo principal del comercio chino era el opio, cultivado en la India y que prohibido en China, era introducido fraudulentamente en grandes cantidades desde Macao y Canton, dando lugar á un segundo comercio muy lucrativo, el del contrabando. Contra este tráfico ilícito el gobierno del Celeste Imperio era impotente, teniendo que ver como con motivo del opio salían grandes sumas en metálico del país sin que este se resarciera de lo perdido con un aumento proporcional de té y de seda. Las quejas repetidas no produjeron efecto, y entonces Lin, gobernador de Canton, hombre enérgico pero ignorante en asuntos diplomáticos, cansado de negociar inútilmente determinó tomarse la justicia por su mano, y un día hizo ocupar la factoría inglesa y arrojar al mar todo el opio que encontró en sus almacenes, por valor de 50 millones de pesetas. Los ingleses respondieron á este acto violento con sus buques y cañones. Canton, á punto de ser tomada por los sitiadores, se libró á última hora del asalto pagando seis millones de pesos fuertes, y antes de que el enemigo abriera su fuego sobre Nankin, el emperador chino, en el tratado de paz que se firmó el 25 de setiembre de 1842, cedió por vía de indemnización á los ingleses la isla de Hongkong y abrió al comercio británico cinco puertos. Mantúvose la prohibición del opio, pero como quedó también el contrabando, continuó este comercio como antes. Sin embargo, tuvo la guerra con China un resultado importante, y fué que con la apertura de aquellos puertos, el imperio, cerrado desde siglos á los extranjeros con su civilización particular, entró en el comercio general del mundo.

Dueño la Inglaterra de toda la península Índica del imperio de los mahratas y de la costa oriental del golfo de Bengala, con más de doscientos millones de súbditos, sus hombres de Estado observaron con creciente inquietud cómo avanzaba la Rusia hacia aquella región por la vía terrestre, ora con lentitud, ora obligada por la fuerza de las circunstancias, pero de todos modos constantemente. Primero la sumisión de los pueblos del Cáucaso y luego la incorporación del territorio de los kirguicios, con tres millones de almas de estas tribus guerreras, fueron las primeras etapas de este avance, jamás interrumpido hasta que los dos imperios se encontraron frente á frente por primera vez en las dilatadas mesetas del Iran. Ya en 1823 el ministro ruso Nesselrode había dicho al embajador francés en San Petersburgo, para tranquilizarle respecto de la Turquía: «No es á este imperio á donde dirigimos nuestras miradas; nuestros intereses más capitales nos llaman al Asia, porque solo por la vía de Persia podemos atacar á la Inglaterra.»

El gobernador general de la India desde 1828 hasta 1836, lord Bentinck, solo se había dedicado á conquistas pacíficas: á mejorar la administración, á establecer la navegación de vapor por el Ganges, á suprimir la costumbre fanática de quemarse las viudas en la pira de sus maridos, y la del infanticidio; pero su sucesor lord Auckland fué belicoso, pensaba más que en los progresos interiores del país, en los que hacían los rusos y en los sucesos políticos en aquella parte del Asia. Allí veía que el joven soberano de Persia, Mohamed Mirza, á pesar de ocupar aquel trono en virtud del auxilio de Inglaterra, estaba desde la paz de Turcomanchai, del año 1827,

bajo la influencia del embajador ruso, el conde de Simovitz, y que aconsejado por este había emprendido la guerra contra el Herat. Bastó la amenaza de la declaración de guerra y la ocupación de la isla de Carak en el golfo Pérsico para que el shah levantara el sitio de la ciudad de Herat, brillantemente defendida por el teniente Pottinger, y para que el gobierno ruso atendiera á la queja del inglés y relevara de su puesto al embajador Simovitz. Para mayor seguridad emprendió el gobernador de la India una guerra contra Dost Mohamed, el soberano de Cabul, porque se había aliado con los rusos y ambicionaba la posesión de Peschaver y de Herat, á lo cual se oponía el gobierno inglés. Esto sucedía en 1839, al mismo tiempo que una expedición rusa contra Jiva (Khiva) á las órdenes de Perowskiy, perecía de hambre y frío en las nieves. Un ejército inglés que después de increíbles fatigas había tomado Ghazna, arrojó al usurpador Dost Mohamed y restableció en el trono de Cabul al soberano legítimo Chudchah, descendiente del khan Timur. Entonces el gobierno inglés, en 28 de octubre de 1841, hizo un tratado de comercio con el shah de Persia, librando así á este país del protectorado ruso. Estas ventajas se trocaron en espantosa derrota por la imprevisión de los mismos ingleses, porque la morosidad con que se pagó á la tribu aliada de los ghilzais el sueldo convenido, exasperó á estos montañeses belicosos, que guardaban el desfiladero de Cabul. Los ghilzais cortaron la retirada al ejército inglés mandado por el general Elphinstone, que se había quedado en el Afghanistan, y dieron la señal de una sublevación general de este país. Aislados los ingleses de la India, y careciendo de recursos, perdieron el fuerte que ocupaban en Cabul con todas las provisiones; el embajador inglés Alejandro Burnes, que había estudiado el país, murió degollado con la guarnición, y á duras penas consiguió Elphinstone del khan Akbar, hijo de Dost Mohamed y cabeza de la sublevación, la retirada libre en enero de 1842. En el camino de regreso á la India pereció todo el ejército con las mujeres é hijos de los empleados ingleses en el Afghanistan; en todo 12,000 almas, que murieron de frío, de hambre ó degollados por sus perseguidores; solo uno se salvó, el doctor Brydon, que llevó la horrible noticia á Dyelalabad. El general Pollock, enviado con otro ejército á vengar á sus compatriotas, rechazó heroicamente los ataques del khan Akbar contra la plaza de Dyelalabad mientras un temblor de tierra conmovía las fortificaciones de esta plaza, y llegó hasta Cabul, donde pudo libertar todavía á 65 prisioneros ingleses vivos; pero con esto se contentó el nuevo gobernador de la India, lord Ellenborough, y Dost Mohamed, á quien los ingleses tenían preso, pudo volver á sentarse en el trono de Cabul, vacante por la muerte de su rival Chudchah, que había sido entre tanto asesinado. Todo esto produjo de rechazo agitaciones y sublevaciones entre los naturales de la India, que fueron sofocadas por los ingleses. Después Sir Carlos Napier, en su brillante campaña de 1843, conquistó y redujo á provincia inglesa el emirato ó reino del Sind, fronterizo del Beluchistan. En 1846 y 1849 Hugo Gongh venció á los sikhs, cuyo territorio al Sur del Setledch, fué incorporado en 1846 á la India inglesa, y el resto dividido en dos principados bajo el protectorado inglés. En 1849 fué incorporado también el Pendyab definitivamente al imperio anglo-indio. Estas campañas y complicaciones impidieron que el gobierno inglés se cuidara por lo pronto de los países mas allá, el Afghanistan, la Persia y los rusos. Con estos últimos se encontró en Turquía antes y después.

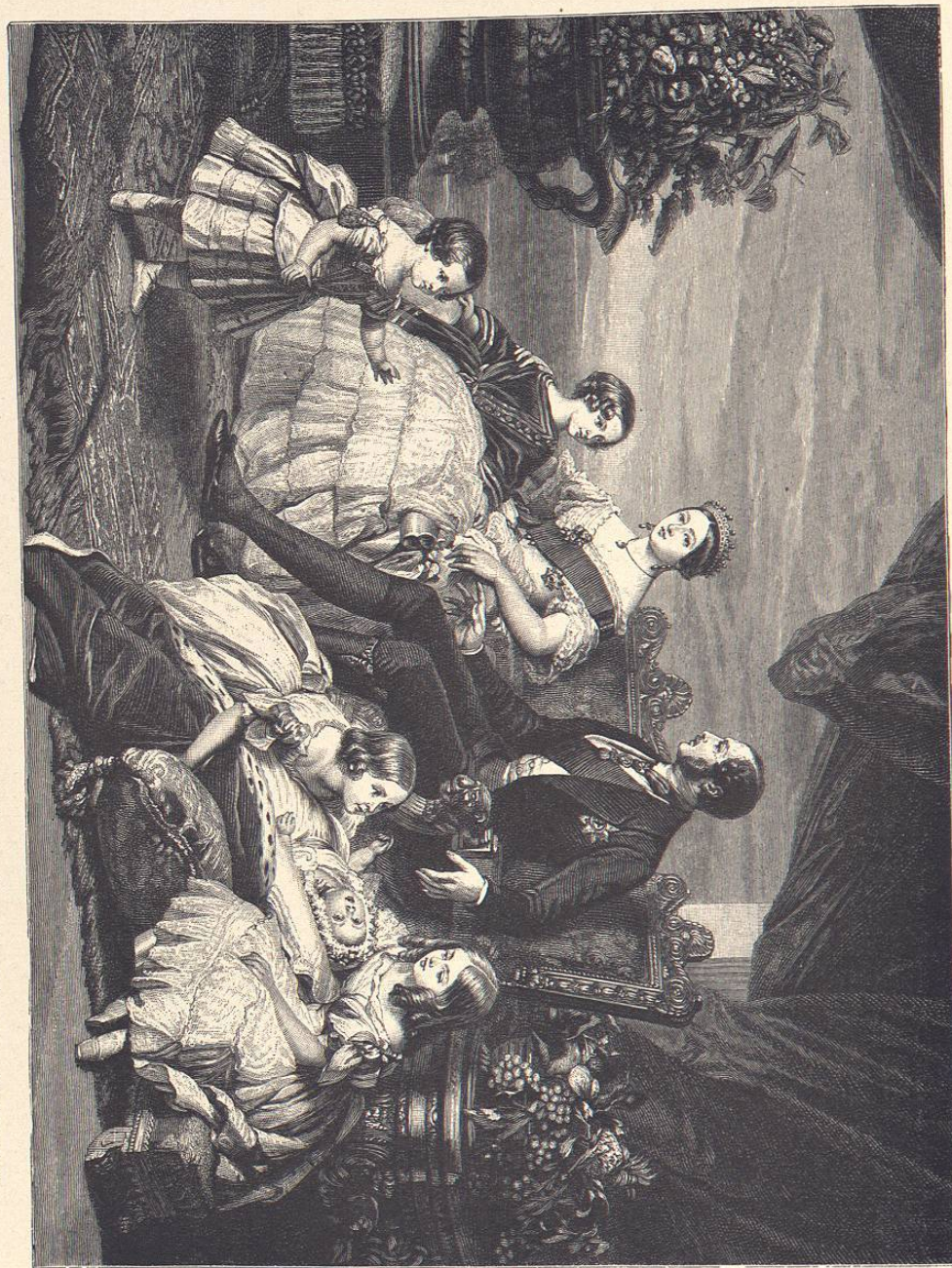
Gran trabajo costaba al gobierno turco sacar la averiada nave de su Estado de entre los escollos de las dos potencias que, enemigas mortales en Asia, se empeñaban á porfía en proteger á la Turquía para sus medros particulares. Ingle-

terra explotaba la situación comprometida de Mehemet Alí para conseguir una comunicación expedita con su imperio indico al través del istmo egipcio, mientras el czar no perdía ocasión para establecer su dominio en los principados danubianos. El embajador inglés Stratford Canning (lord Redcliffe), animaba y ayudaba al ministro y gran visir turco Reschid en sus trabajos de reforma interior, y el ruso se complacía en crearle continuamente obstáculos, valiéndose del fanatismo musulmán y de las intrigas de palacio. En 1842 sublevaron los serbios contra la dinastía de Obrenovitz, feudatarios del sultan, y eligieron por príncipe á Alejandro Kara Georgievitz, á quien el sultan se apresuró á reconocer para desbancar la influencia rusa con esta ocasión en la Servia; pero el gobierno austriaco, que ni entonces ni antes en la guerra contra las huestes francesas desde 1801 hasta 1806, comprendió lo que convenía á su política en aquella parte de Europa, y no había hecho ningún caso del pueblo serbio, apoyó las pretensiones de protectorado del gobierno ruso, y el nuevo príncipe tuvo que pasar por la humillación de someterse á una nueva elección en presencia del embajador ruso (1).

También se encontraron frente á frente las dos potencias rivales en el nuevo reino de Grecia, que no obstante el entusiasmo y el patriotismo de sus hijos y los innegables y rápidos progresos intelectuales y morales que hacía, tuvo que luchar durante un larguísimo período con la penuria mas cruel. El rey Oton de Baviera, persona sin talento y además sin sucesión directa de su matrimonio con Amalia de Oldenburgo, no supo nunca desgermanizarse y asimilarse á la nación griega, ni librarse de la influencia rusa, que alimentaba sus tendencias retrógradas para destronarle con el auxilio del partido napista y colocar en su puesto á un príncipe ruso. Inglaterra, para evitar esta contingencia, trabajaba en cambio para introducir en Grecia una constitución y un régimen modernos, como el medio mas eficaz de librar al país de la influencia rusa; y para hacer presión sobre el rey y sus consejeros, no cesaba de reclamar el pago de los intereses atrasados de la deuda. Esto produjo el licenciamiento de las tropas bávaras para conseguir economías, y una vez fuera del país esta fuerza, bastaron pocas horas, en 16 de setiembre de 1843, para proclamar una constitución. Como esto no satisfacía las intenciones del czar, continuó la guerra secreta entre las dos potencias tutelares.

Deshecha la alianza tradicional entre la Inglaterra y el Austria, ganó terreno en la corte de Londres la idea de que el aliado mas natural de la protestante Albion debía ser la potencia protestante también mas poderosa en el continente, la Prusia; y Stockmar, el consejero íntimo del príncipe consorte, consiguió que se eligiera para padrino del príncipe de Gales, que la joven reina dió á luz, al rey de Prusia, Federico Guillermo IV, prescindiendo del tío de la reina, el rey de Hanover, con grandísimo disgusto de este y de los gabinetes de San Petersburgo, Viena y París, que intrugaron inútilmente contra la elección hecha por los regios consortes. El rey de Prusia aceptó y cumplió personalmente la ceremonia religiosa en el palacio de Windsor, pero de las esperanzas políticas y económicas que se habían concebido no se realizó ninguna, ya por la inconstancia de Federico Guillermo, ya por el carácter de la unión aduanera prusiana, desfavorable para el comercio inglés. Entonces pudo ingerirse Luis Felipe y hallar medio de aproximarse á la familia real de Inglaterra. Grandísima, en efecto, fué la satisfacción de Luis Felipe, objeto del odio mezquino é implacable del

(1) Véase la obra alemana de A. Beer: *La política del Austria en Oriente desde 1774*, (1883), pág. 413.



La reina Victoria I de Inglaterra y su esposo el príncipe Alberto con sus hijos en la azotea del palacio de Windsor